

JOSE MARIA CORDERO TORRES

LAS CRISIS ESPAÑOLAS  
DE FIN DE CENTURIA:  
ANTE EL BIMILENARIO



# Las crisis españolas de fin de centuria: Ante el bimilenario

por el Académico de número y Secretario

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA TORRES (\*)

## I

Como los Académicos están lo suficientemente familiarizados con la lista—forzosamente propicia a omisiones—de las tendencias del pensamiento contemporáneo, que se van a estudiar en este curso, evito repeticiones inútiles. Pero quiero recordar que «tendencia» no suele ser—tratándose de seres humanos y aun admitiendo que su capacidad creadora está condicionada y limitada por factores supra-humanos—la mera expresión de una inclinación masiva hacia un tipo de comportamiento—«behaviour» más que «trend»—ni de desenvolvimiento vital. Las tendencias, encuadradas en las realidades, suelen estar inspiradas por ideas, que más o menos sistemáticamente forman teorías. Son innúmeras; mas media docena de ellas han hecho fortuna, propagándose mayoritariamente entre las agrupaciones humanas. Y no aisladamente: la creciente interdependencia mundial proporciona ejemplos de rechazo o pugna—que congruente y silenciosamente filtran influencias recíprocas—y de amalgama o combinación, ya sincréticas, ya complementarias. Así, en la marxista Polonia florece el cato-

---

(\*) Disertación en Junta del martes 7 de octubre de 1975.

licismo, y en el «cristiano» Occidente anglosajón, prolongable a la Europa industrial, una suerte de materialismo relativista, de regusto neopagano, al que no hemos escapado los españoles con sólo difundir el *slogan* «Spain is different», que aun en su más llamativa faceta, la política, no es rigurosamente exacto. Más «different» era aquel «por el Imperio hacia Dios», del que nadie ya se acuerda.

Voy a limitarme a dos teorías tendenciales, durante un momento corto en la marcha de la Humanidad—visiblemente acelerada hacia novedades poco calculables—. A) La teoría del biologicismo colectivo, más o menos evolucionista, y perdóneseme la redundancia, y B) La teoría de los ciclos históricos, entendida no en el absurdo sentido de creer que los acontecimientos se reproducen o repiten miméticamente, cuando el trasfondo sobre el que se proyectan ha cambiado. El *paralelismo limitado*, no siempre superficial, de ciertos momentos o períodos históricos pudiera justificar el clásico rótulo de *Historia, magistra vitae*; también suele conducir al vulgarismo aplastante de que el Hombre—y sus sociedades organizadas—son el único animal o las únicas colectividades que tropiezan hasta el infinito en obstáculos muy parecidos.

## II

La «concepción biológica del Mundo»—rótulo de la obra clásica de Von Uexküll, traducida—ha hecho fortuna desde los remotos precedentes de Herodoto, Vareño y Vico, a los modernos de Spengler y Kjellén. Hasta sus adversarios, los «coyunturalistas»—como Toynbee—, están impregnados de ella. Su derivación, la «concepción de los ciclos históricos», ha sido evidentemente manipulada extracientíficamente; inserta en contextos ideológicos y reales mayores, se filtra por todas las grandes tendencias presentes en el pensamiento contemporáneo; desde las idealistas que arrancaríamos convencionalmente de San Agustín por temor a deformar las ideologías orientales, a las materialistas, y destacadamente a las marxistas, que rigen a un 40 por 100 de la Humanidad. Aún diríamos que inintencionalmente, se introduce de modo insensible en los relativismos, más o menos existencialis-

tas (1). Ambas concepciones, concurrentes y combinables, admiten el impacto del llamado *trend* universal acelerado, que, naturalmente, los inspiradores o conductores de los poderes más capaces intentan aplicar a sus conductas (el marxismo en cabeza) asumiendo su *protagonismo*, no por materialista menos mesiánico que los clásicos. Frente a todo ello nos parece prudente—aunque quizá deliberadamente incompleto—el resumen del capítulo XII de la obra de Larraz, completado por sus anticipos futuristas del capítulo XVI, que se adentra en materias que desbordan nuestro objetivo. No queremos, en este recuerdo de la futurología (o de los «futuribles»), omitir la vieja teoría del *fin de los tiempos*, científicamente probada desde muchos ángulos, y para los cristianos respaldada proféticamente antes y después del Apocalipsis. Pero sí recordaré que, por aventuradas interpretaciones—rayanas en la superstición popular—de índole espiritualista, la Humanidad occidental conoció los terrores del milenario, de los que cronistas e historiadores han dejado vivos relatos. La Humanidad actual, más lanzada que reflexiva, que se aproxima al bimilenario no siente los mismos terrores: sería un contrasentido para las grandes ideologías expandidas que han prometido futuras *gol-denzeiten*. Pero todos, lo griten o lo callen, sentimos—pues me incluyo, naturalmente—hondísima preocupación ante el mundo que nos resta por ver, y el que aguarda a nuestros sucesores. Desde el *Club de Roma* en adelante, los datos comprobados—muy por delante de las esperanzas tecnológicas en la inventiva y la acomodación—destacan la ruptura del equilibrio ecológico, del que son exponentes carencias irrecuperables; la explosión demográfica, acentuada en esos países pobres y reivindicativos que llamamos «subdesarrollados», a los que al ayudar, empeoramos o —en otros casos—exprimimos. Las armas nucleares y metereológicas no se precisan para que esté próximo el *fin de unos tiempos*, ya que no seríamos capaces de decir a secas el «fin de los tiem-

---

(1) Sólo acudiendo a ese precioso resumen llamado *Humanística*, de nuestro llorado Larraz, encontramos precedentes tan interesantes como los de Buchez, Danilevski, Gumpłowicz, Le Bon, Dawson, Xenopol, Sehäffler, y Oppenheimer; incluso Sorokim y Scheler pueden añadirse a la lista. Añadamos los especializados en la faceta de la «relación entre las unidades»; púdicos enunciados de los contactos gregarios humanos, tanto violentos como pacíficos, al menos (Gobineau, Durkheim, Hobhouse, Weber, Schmidt) que sean comparables. El cosmicismo religioso de Teilhard no excluye a aquéllos.

pos», suplantando Al que sólo lo sabe, El que todo lo sabe, Sólo que el aturdimiento y los graves problemas parciales y cotidianos no nos dejan «ver el bosque». Por este camino—que ya registra los fenómenos humanos en expansión, de la carencia de motivos vitales, de la insatisfacción y del nihilismo, prestos a la violencia—no se va muy lejos. Paso, tras de un gran salto, a reflexionar por mi cuenta, y con grandes riesgos, utilizando los citados períodos o ciclos históricos dentro de otra concreción, importante para los españoles, aunque minúscula para el mundo: la de los fines de centuria en la Historia, en cuanto son aprovechables como expresión aleccionadora, ciñéndome a España desde la Edad Moderna. No voy a deducir principios científicos: voy a destacar aparentes coincidencias, excesivas para ser mera reiteración del puro azar. No son un hado ni una causalidad: tampoco son casos fortuitos. Son realidades dentro de la línea de Schneider y Spengler, precedidos por Ibn Jaldun, Gumplowicz y Darnielowski.

### III

*Hispania*, denominación romana—tomada de un idioma anterior—para caracterizar a un conjunto geográfico muy claro, poblado por gentes variadas, en buena parte emparentadas, y recubierto con la cultura latina, tras la irrupción afroasiática quedó en anhelos, recuerdos y proyectos y así vio pasar muchos fines de siglo, los medievales; a cuyo final, sus tres Coronas seguían rumbos divergentes. Adelantada la portuguesa, que desde 1415 saltó a Africa, creó una burguesía mercantil y marítima, con una clara amistad exterior, preparando una larga expansión ultramarina, cuyas huellas no borrarán las independencias ahora en curso. Desigual la catalana («aragonesa»), que, frenada hacia el Norte por Francia, miró hacia las islas y el sur itálicos, y también creó una marina y un comercio exterior. Fiel al peso de la «cruzada» interior, con los Trastámara entró Castilla en letargo, del que la sacaron los Reyes Católicos, que por el aporte aragonés miraron a Italia; mientras que desde Toro, Toledo y luego Tordesillas se alejaban con reciprocidad de Portugal; concluyendo con los nazaritas y después con la Navarra afrancesada, para encon-

trarse la gran empresa colombina, según Reparaz, «lotería» que sorprendió a Castilla. Demasiadas y divergentes directrices para pesar sobre una economía ruralizada, sin casi burguesía, con recursos limitados aun dentro de su época, en la que ya era más rica Europa. Por eso no participo en el júbilo de quienes, en 1976, van a conmemorar la batalla de Toro: hubiera sido mucho mejor que Aljubarrota y Toro hubieran tenido el curso inverso; y creo que el primer fin de siglo moderno nos aportó ya los gérmenes de aquella desproporción entre los fines o empresas y los medios, que aún pagamos. A lo largo del siglo XVI, el auge cultural y militar de España, más sólido que el económico, y la política exterior de impulsión dinástica, aportó un lote de tierras borgoñonas (de Flandes al Franco-Condado), más Milán y Nápoles; crecieron los «presidios»; tardía y laxamente llegó la unidad dinástica peninsular, y se avanzó en las Indias, Pacífico incluido. Las repetidas y desigualmente aprovechadas victorias sobre Francia no borraron los peligros de la división religiosa europea, el morisco-turco, ni el de los países corsarios. Separada del Imperio España (1558), muchas de sus empresas quedaron en «tablas» como la religiosa y la naval, pese al desastre de la llamada *Inven-cible* y al «éxito» de Lepanto; pero la economía comenzó a resquebrajarse, bajo un deformado metalismo presentado como mercantilista.

Del siglo XVI al XVII la situación bajó suavemente. La gente de la época no percibió el declive. Los años de 1598 (el de la muerte de Felipe II), 1604 y 1609, registraron paces o «treguas» de empate y, además, efímeras. De la colaboración de Gattinara con el César Carlos, y de los servicios de Alba, Eboli, Moura, Zayas, Idiáquez y otros más (algunos dañosos, como Antonio Pérez) a Felipe II, se fue pasando la centuria—pocos hispanos lo ponderaron—a los *valimientos* que oscurecían al Rey—Lerma y Olivares en cabeza, luego Valenzuela y J. J. de Austria—con planes de reforma, «arbitrismos»; y renunciadas y derrotas; mientras genoveses y corsarios medraban, y Francia e Inglaterra se preparaban en triple vía—la comercial y naval en cabeza—, España mezcló sus asuntos propios con otros generales—como la guerra de los XXX años—, registrando las adversas paces de 1648, 1659, 1670 y 1668, ésta consagradora de la definitiva dualidad peninsular. El fin del siglo XVII presenta un Estado arruinado, todavía con grandes recursos y mayores compromisos, agotadoras gue-

rras crónicas, sangría en Indias, «refugio» de grupos ociosos, falsos amigos y efectivos enemigos, más los primeros «planes de reparto» de lo hispano, tan repetidos en varia escala ulteriormente. El reparto sin sujetarse a ellos se consumó en Utrecht (1713): eliminación de Europa, importación de dinastía—francesa—y cambio de objetivos; Gibraltar incrustado, más otras calamidades. La resurrección parecía quimérica; sólo existir y gracias. Pero la hubo, en parte, merced a virajes y reducciones.

Durante el siglo XVIII se produce una acción ultramarina estimable, con intentos de reconstrucción naval, ensayos de cambio económico, «ilustración» cultural, satelitismo disimulado en los Pactos familiares (1733, 1743, 1761) y en los antifamiliares, con los regicidas gállicos (1796, a rastras del Tratado adverso de Basilea) y una buena paz: 1783. Con todo, los intentos reformadores, loables en ambos hemisferios, quedaron cortos o fueron tardíos ante la creciente delantera de los competidores exteriores. La aparición de los EE. UU., «endulzada» al nacer y ayudada por Madrid, no se valoró bien, salvo por algunos videntes como Aranda. Actuaban ya camarillas y grupos con hombres ilustres (Ensenada, Carvajal, Gálvez, Aranda, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos) y al final surgió un nuevo *valido*, bien intencionado pero desbordado por el alud francés: Godoy. La centuria terminó muy mal (acabó perdiéndose Trinidad, iba a perderse Luisiana, y lo peor: la flota en Trafalgar). Además se enlazó con los hondos acontecimientos que, desde 1808 hasta 1814, registraron simultáneamente, invasión, destrucción, ruina, división interna, pérdida progresiva de América y retirada final de la escena mundial. Definitivo cierre de resurrecciones a escala mundial. Aún sufrimos el estrago de 1808-14, cuyos causantes, en lugar de reparaciones, nos invadieron en 1824 y nunca han desistido de reincidir.

Por su parte, el siglo XIX, rico en episodios y figuras ruidosas, ha sido el de la mediocridad y la acritud interna, con escasos progresos económicos, ligados al exterior desde su mitad, y con mayores logros culturales, pero no científicos. Constitucionalismos rotos, guerras dinásticas, el comienzo de las últimas ultramarinas, ausencia de Europa y del «reparto del mundo»; tutelajes extraños; retraso industrial y social destacado respecto de los viejos rivales y de los nuevos países emergidos, de los que varios fueron impertinentes *interventistas* en nuestras cosas. Cuando en 1875 brilló un rayo de luz, la Restauración, el desastre de 1898 y la gran



mezcla de atonía, desilusión y falta de proyectos prácticos de regeneración, cerraron el siglo negativamente.

Está muy reciente el curso del siglo XX. Presencia minúscula en Africa—no muy duradera ni feliz—y casi honorífica en América (pero no en Filipinas); separatismos y obrerismos violentos; ausencia de las dos grandes guerras; auge cultural; mucho menos económico-social, y de ritmo más discontinuo; crisis repetidas de régimen por ámbitos minorarios con ecos masivos; y una gran guerra interior, internacionalizada, pórtico de otra larga era de difícil, pero valiosa, paz que permitió el comienzo de un desarrollo, tocado por la crisis mundial que se inicia en 1973, y dañado por el envejecimiento de los esquemas oficiales, en contraste con la hegemonía de la población joven o intermedia, de mente y hábitos posbélicos. Claro está que tan rápidas menciones provocan grandes reparos, ya que toda selección suele ser involuntariamente desgraciada (2). Y discutida: por triunfalistas, por pesimistas y por los raros objetivistas. Por ello la única conclusión es que no ha habido fin de siglo sin trastornos para España, que ha de afrontarlos sin distraerse, a fin de encauzarlos. En circunstancias muy difíciles, pudo superar, mejor o peor, sus estragos. Ahora todo es ponderable menos la comodidad y la inacción. Añadamos que los ciclos de continuidad nunca rebasan los cambios de siglo, y que a medida que España se contrae exteriormente, en sus crisis aumenta la huella externa.

#### IV

Nos aproximamos al momento en que vivimos: el final del siglo XX, que ha empezado con veinticinco años de anticipación

---

(2) He restringido mucho los libros de «auxilio» al redactar el resumen histórico español. Anoto: la Historia de España de la Editorial Alfaguara (II, V y VI); las de España (general, moderna y contemporánea) de Ubieto, Reglá, Jover y Seco; las dos Económicas y Sociales de Vicens (de quien he manejado la «Aproximación» de aspecto manual); y en menor grado, los trabajos de Comellas, Elliot, F. Almagro, Díaz Plaja, Carr y Brendan. Los de La Cierva, Gallo, Payne y Tuñón y, en general, la literatura histórica centrada en el período posterior a 1936 pertenecen ya al final de la disertación. La «Historia viva»—no siempre *vivida*—es peligrosa de escribir y de manejar. Y comercializable.

sobre la cronología oficial, marcado por la gran crisis que se inicia en 1973, de la que saldrá un mundo diferente, que incide sobre los problemas en curso. Es otra muestra de la aceleración de la Historia, que nos desborda y extravía, en la que somos protagonistas secundarios, las más de las veces a rastras de iniciativas ajenas, que obligan a aguzar nuestra conducta colectiva.

Que España atraviesa una múltiple y honda crisis, que salvo imprevistos puede hacerse más aguda—o puede ser quizá «conlleuada»—al acercarse el fin de un siglo es una realidad probada sólo con el recuerdo de que vivimos en la tierra en la que todos los países atraviesan un período de múltiples conflictos, confusa y desordenadamente superpuestos, que no nos dejan fuera, y en los que, a lo sumo, podemos tener modalidades propias, sean peyorativas o amortiguadoras. Anonadado ante la hondura y las perspectivas que exigiría una presentación completa de aquéllas, he de limitarme a recordar diez hechos conocidos: 1) El eco español del fenómeno del abandono del campo y de ciertas profesiones, aquí agravado por la desertización interior, con congestión inestable urbana, y turbia masificación, además carentes del antiguo «lugar» de reserva en el exterior, para colocar excedentes. 2) Destrucción o agotamiento de reservas vitales, de sustitución aún no resuelta, muy peligrosa en el caso de España. 3) Como fachada de acción exhibida, planificaciones y empresas estatales, a veces ruinosas, más inflación y déficit comercial crónico. 4) Desorientación y disconformidad—a veces mediante rebeldía violenta o terrorista—de la juventud, siendo el 67 por 100 del total la proporción de lo «juvenil» a nuestros efectos. 5) Crisis de ideas, por el retroceso de las tradicionales y la mezcla detonante de importaciones, adaptaciones y supervivencias, con peligrosa ventaja para el *yoísmo* extremista, manipulable por los audaces, que, frente al vacío y la lentitud, hayan podido organizarse no sin recibir ayudas, insospechables o clásicas. Este *yoísmo* no es el tribal celtibérico, sino el propio de la época de las multinacionales, las nacionalidades, las clases erizadas, las especulaciones, y los capitales exportables: alcanza también a los «viejos»—cuantos más beneficiados, más quejosos—, floreciendo los falsos *tot* o *res* que apuestan hacia lo que ellos creen probable. Dentro de la crisis de ideas no puede olvidarse a la decadencia extrínseca de la religiosidad. 6) Flotación diplomática en ambiente difícil u hostil, mal tapada con los desiguales acuerdos con los EE. UU. (1953-1970); mientras se sien-

ten crujidos, asfixia y mordeduras contagiosas por el Norte, Sur, Este y Oeste, aunque tampoco falten dentro. 7) Desfase respecto del *trend* universal, portador de aspectos malos y buenos, pero que no puede prolongarse indefinidamente. 8) Cambio social en ascensión poco consolidada y llena de contrastes sorprendentes: nadie quiere trabajar encorvado; todos quieren «estudiar», aun en huelga, para conseguir luego hueco en el mundo de la *paperasse* c del agio. 9) Subsisten las añejas *dinastías* y *familias*, combinadas con nuevos *clanes* y *mafias*, algunos muy poderosos, en detrimento de los añejos estamentos (callada, la Milicia; más ruidosos, algunos sectores de la Iglesia), que se defienden desigualmente y que no son homogéneos dentro de sí. 10) La gran incógnita de la que nunca se debe prescindir, pero de la que nada se puede profetizar: la Providencia, que obra por encima de la lógica, de los hechos y de los humanos; sin invitarnos por ello a esperar pasivamente que supla nuestros deberes ciudadanos, ni que durmamos creyendo conjurar los graves peligros de hoy, con la reiteración de tácticas de ayer, ineficaces. Final: el que cada uno quiera añadir; que para los más *panglossianos* pudiera ser «après moi, le déluge», camino que no es el que el instinto de supervivencia demanda.

Lo expuesto parecerá, señores Académicos, cita de puras coincidencias fácticas, que sólo prueban que los fines de siglo modernos han registrado crisis en el caso de España.

Yo creo que prueban algo más: que los períodos de continuidad pública en España—ligados a la subsistencia de los cuadros sociales—se van acortando de siglo en siglo, y nunca han superado el enlace entre dos siglos, con lapsos de diferencia sobre la cronología oficial que no rebasan los diez años. El enlace entre los ciclos con signo histórico propio ha solido ser tormentoso, pero no forzosamente explosivo, al menos por causas foráneas, que—recuerdo—son las que van creciendo a medida que el papel exterior de España se contrae, llegando incluso a las coaliciones de tipo negativo, capaces de asfixiar o aplastar al país. La hondura de las crisis no siempre se ha percibido por las generaciones del tránsito, salvo si estaban relacionadas con acontecimientos espectaculares. La prolongación de las viejas situaciones nunca ha sido posible, pues para ello hubiera que haber parado el cambio humano y social, pese a las apariencias en contrario (3). Cuanto

(3) Aunque la cita de un solo artículo periodístico parezca empe-

expresé tan real y elementalmente, pues cualquiera conoce la realidad de los datos y rasgos consignados, abona esta afirmación, formulada sin ideas de infalibilidad. En el futuro, no creo conveniente aventurarnos. Si sirven los hechos indicados para provocar reflexiones actuables, habré cumplido un modesto objetivo académico, porque esta Corporación no puede vivir de espaldas a la realidad en la que existe y sobre la que tiene el deber de hacer oír su voz.

Concluiríamos que contra las apariencias exteriores son los factores internacionales y foráneos, los que desencadenan las crisis españolas, preparadas por motivos más heterogéneos e íntimos. Cada 75/100/125 años registramos una de estas crisis. Ahora, por ejemplo, si en un aparato generalizado de poder se altera algún factor esencial para su continuidad, no sería extraño que todas las crisis larvadas se agruparan para explotar insidiosamente.

---

queñecer una disertación, creo que sucede lo contrario con la del publicado por *A B C* el 1 de octubre de 1975, con el que el Académico D. Manuel Fraga inauguró sus artículos sobre *Cambio y reforma*, en el que se resumen magistralmente conceptos manejados en nuestro ensayo.